

Un mensaje bíblico

PARA TODOS

Dos caminos

“Hay camino que parece derecho al hombre, pero su fin es camino de muerte”.

“Por el camino de la sabiduría te he encaminado, y por veredas derechas te he hecho andar. Cuando anduvieres, no se estrecharán tus pasos, y si corrieres, no tropezarás.”

Proverbios 16:25; 4:11-12

BELÉN, casa del pan, futura ciudad de David, lugar de nacimiento del Salvador, conocía el “hambre” (Rut 1:1). La familia de Elimelec, olvidando contar los beneficios de Dios, de los cuales estaba “llena” (v. 21), y descuidando buscar su rostro en la prueba para aprender lo que Él tenía que decirle, se fue en busca de refugio lejos del lugar de bendición, a “los campos de Moab”, es decir, al mundo. ¡Oh!, no sería por mucho tiempo, solamente para “morar” allí temporalmente. Mas en el camino descendente, un paso lleva al otro. En los campos de Moab Elimelec encontró, no la abundancia, sino la muerte. Los hijos, que habían sido arrastrados por ese lugar idólatra, se casaron, y durante diez años parecen haber olvidado completamente al Dios de sus padres. Diez años durante los cuales hubieran podido reflexionar; hubieran podido volver atrás y encontrar la bendición perdida. Pero sin duda sus corazones estaban endurecidos y, en el país extraño, a su turno, la muerte los alcanzó.

¿Qué quedaba de esta familia que en otros tiempos era feliz y bendecida? Tres viudas sin recursos, de las cuales la única que conocía a Dios tenía el corazón lleno de “amargura” (v. 20).

¡Ay!, muy a menudo creyentes, y jóvenes criados en hogares cristianos, dejan el lugar de la bendición para ir al mundo. Pero existe otro camino, el camino de la fe. Algunos por la gracia de Dios son sacados del mundo para entrar en el camino de la fe y seguirlo “hasta... Belén” (v. 19).

En su misericordia Dios “había visitado a su pueblo para darles pan”. Las tres mujeres en duelo, con los corazones preparados por la prueba, dejaron los campos de Moab para ir a cobijarse bajo las alas del Dios de Israel. Vemos en ellas tres estados de alma muy diferentes:

- Noemí, imagen del creyente caído a quien la gracia va a restaurar;
- Orfa, figura de aquel cuyos sentimientos han sido tocados, quien por amor a otros emprende el camino estrecho, pero... se para en el camino y vuelve “a su pueblo y a sus dioses”;
- Rut, hermoso ejemplo de aquel en cuyo corazón obra la fe. Éste puede dejar todo: patria, familia, religión, esperanzas terrenales, para unirse a Cristo y a su pueblo, y decir como dijo Rebeca: “Sí, iré” (Génesis 24:58; Rut 1:16).

En efecto, amigos creyentes, no es suficiente tener la apariencia de creer. Diez vírgenes salieron al encuentro del Esposo, en apariencia todas semejantes, todas provistas de una lámpara, pero solamente cinco de ellas tomaron consigo una vasija de aceite (Mateo 25:1-13). Dos casas se

levantaban en la ribera, las dos tenían una hermosa apariencia, pero sólo una estaba construida sobre la roca, por eso se sostuvo en el día de la tempestad (Mateo 7:24-27). Se puede haber leído la Biblia durante varios años, haber acudido regularmente a las reuniones, conocer muchas verdades... y, sin embargo, no tener la vida. ¡Tengamos cuidado! Solamente una fe personal, fundada sobre la misma Palabra de Dios, recibida en el corazón y en la conciencia, puede llevarnos a Cristo. **“Es necesario nacer de nuevo”**.

Noemí comprendió que Rut estaba **“resuelta** a ir con ella” (v. 18). Era la decisión de la fe. El camino la condujo hasta “Belén”, a la tierra prometida; allí Rut aprendió a servir “hasta la noche”, hasta que la siega se acabara, “en el campo” de Booz; tuvo el gozo de ir a “la era” y descansar a sus pies “hasta la mañana”; llegó a ser la esposa del que la redimió, entró “en su casa”. Luego Dios le concedió un hijo al cual llamaron Obed, que significa «el que sirve» (4:17). “La senda de los justos es como la luz de la aurora, que va en aumento hasta que el día es perfecto” (Proverbios 4:18).

¡Dos caminos! Inevitablemente cada uno de nosotros se encuentra en uno o en otro. Uno descende, el otro sube. Uno comienza por un acto de incredulidad y se va, paso a paso, hacia las tinieblas, hacia la muerte. El otro, marcado por la fe que se apega a la persona gloriosa del Salvador, sube gradualmente hacia la luz y la vida.

“Os he puesto delante la vida y la muerte, la bendición y la maldición; escoge, pues, la vida, para que vivas” (Deuteronomio 30:19). “Está mi alma apegada a ti; tu diestra me ha sostenido” (Salmo 63:8).

G. A.

Certidumbre

Qué confianza encontramos en las palabras del apóstol Pablo a Timoteo: “Yo sé a quien he creído, y estoy seguro que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día” (2 Timoteo 1:12). No se trata de un sentimiento vago: está “seguro”, tiene la certeza. La expresión «espero que» nunca es empleada en las Escrituras, como lo hacemos a menudo, mezclando alguna duda. Por ejemplo, la “esperanza” en cuanto a la segunda venida de Cristo o a la resurrección de los suyos, se basa en dos cosas absolutamente ciertas. No podríamos decir: «espero ser creyente». Es un hecho certero. Si somos nacidos de Dios, debemos tener la certeza, pues su Espíritu “da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios” (Romanos 8:16).

Algunos pretenden que antes de comparecer ante el tribunal de Cristo no se puede saber si se es salvo o no. Esto es un completo error. Si nuestra vida está escondida con Cristo en Dios, no podremos más ser llamados a juicio por nuestros pecados. La deuda fue pagada por Cristo en la cruz, en nuestro lugar. Dios no la reclamará por segunda vez.

PARA TODOS



Suscripción gratuita, escribir al editor:

**Ediciones Bíblicas
PARA TODOS
1166 Perroy (Suiza)**

Impreso en Suiza. Publicación mensual.

Si usted no tiene la intención de guardar esta hoja, tenga la amabilidad de entregarla a otra persona interesada. Para la difusión gratuita entre cristianos, se permite fotocopiar esta hoja (por favor no cambiar el texto, ni borrar nuestra dirección).